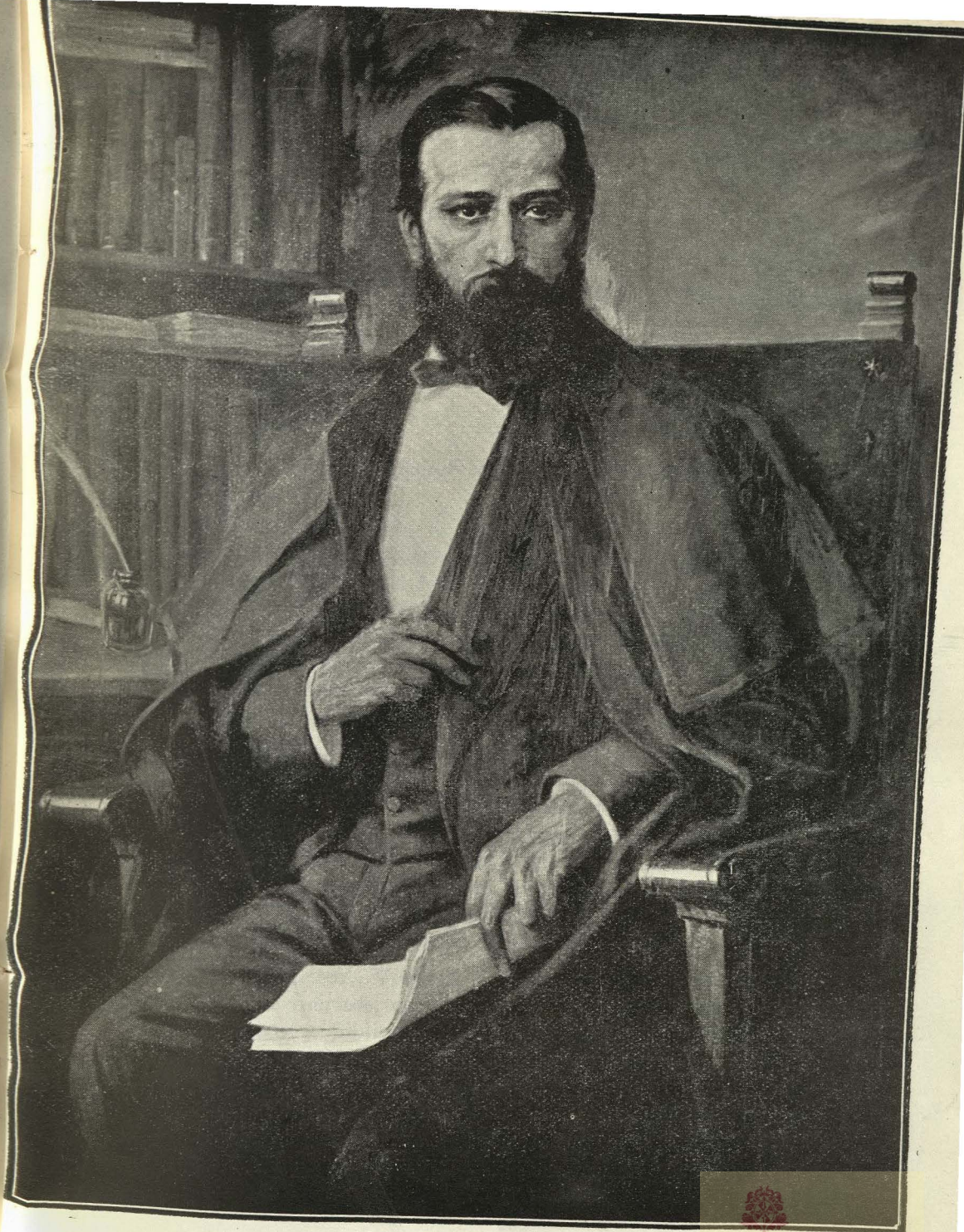


bertad, y con la cooperación de todos los hijos del Rosario, levantó en el centro del patio principal la hermosa estatua, en cuya inauguración llevó la palabra el doctor Nicolás Esguerra, otro gran patriota y orador insigne, que agregó un nombre más a la lista de ilustres rectores del Colegio.

La antorcha que mantuvo en alto Monseñor Carrasquilla ha pasado dignamente a las manos del actual, Ilustre Rector Monseñor José Vicente Castro Silva, heredero de su alta elocuencia, de su amor a las letras y de su entusiasmo patrio, como lo demuestra el hecho de que, por obra suya, la nota más alta que se dio en Colombia en la conmemoración centenaria de la muerte del Libertador, no resonó en la plaza pública sino en el recinto de la Catedral de Bogotá.

Cuando se frecuentan los claustros del Rosario (y el que esto escribe lo ha hecho habitualmente desde hace más de cincuenta años) se comprende que el espíritu de Fray Cristóbal de Torres sigue presidiendo la marcha de su amado Instituto. Su estatua no se encuentra aislada en medio de las generaciones juveniles. Entre ella y sus nuevos hijos puede entablarse a todas horas un diálogo mudo, pero elocuente, sin que sea óbice para que se entiendan fácilmente la distancia de siglos que separa al fraile español del siglo XVII de la juventud del siglo XX. Los muertos tienen derecho a mandar, cuando en su palabra y en su acción hubo gérmenes fecundos de progreso y de vida.

Antonio Gómez Restrepo



BREVES EVOCACIONES DE ESCRITORES ROSARISTAS

Por SAMUEL SYRO

I

JOSE MARIA VERGARA Y VERGARA

Evocar la memoria de José María Vergara y Vergara, es evocar también una de las épocas más sugestivas e interesantes de nuestra Historia intelectual. No es posible concebir la evolución y perfeccionamiento de las letras colombianas, durante los últimos decenios del siglo pasado, sin considerar la influencia definitiva ejercida por este gran espíritu, a quien el Colegio del Rosario supo infundirle los más nobles y elevados ideales de patriotismo. Porque Vergara y Vergara, por encima de su calidad indiscutible de verdadero hombre de letras, era ante todo un patriota integral, para quien el engrandecimiento de la república fue siempre la finalidad primordial de sus múltiples actividades. En esta forma, con una laboriosidad incansable que sólo tuvo término el día de su muerte, este ilustre rosarista, divulgó cultura por todos los ámbitos de Colombia, convirtiéndose en el primer historiador de nuestra Literatura, en uno de los fundadores de la Academia de la Lengua y en el principal animador de los diversos periódicos y revistas de su época.

Como escritor, Vergara y Vergara dejó a la posteridad una obra llena de méritos, en la cual es preciso distinguir el aspecto crítico, histórico y bibliográfico, de la labor estrictamente literaria y poética. Desde el punto de vista del primer aspecto, su "Historia de la Literatura en Nueva Granada" y sus "Biografías de Hombres Distinguidos", constituyen los documentos más valiosos e indispensables, para penetrar en el conocimiento de los escritores pertenecientes a la Colonia y a los primeros años de la República.

Pero la verdadera personalidad intelectual de Vergara y Vergara es preciso buscarla a través de sus pequeñas novelas, poemas en prosa y cuadros de costumbres. Sólo allí se revela verdaderamente su gran sensibilidad artística y las posibilidades de su talento. Admirador apasionado de todas las cosas de la naturaleza, sabía pintar el encanto del campo, con un realismo incomparable, pleno de equilibrio y de íntima emoción. En este sentido sus relatos de costumbres provinciales y sus apologías del viento, del agua, del humo y de la luz, pueden ser considerados como modelos clásicos, dentro del género descriptivo de nuestra literatura nacional.

Las principales influencias literarias advertidas en la obra de Vergara y Vergara provienen de España y de Francia. Así, Cervantes, Antonio de Trueba, Fernán Caballero y José de Selgas, fueron los autores españoles que más definitivamente influyeron en la formación de su estilo y aun en la elaboración de sus temas costumbristas. Pero, mientras la lectura de dichos escritores le procuró vigor y soltura a su lenguaje, la lectura de los franceses como Chateaubriand, Lamartine, Saint Pierre, Victor Hugo, etc., hizo correr por su obra aquel suave ritmo interior y aquellas vagas efusiones sentimentales, tan característicos del romanticismo del siglo pasado.

José María Vergara y Vergara nació en Bogotá, en el año de 1831, y murió en la misma ciudad en Marzo de 1872. El Colegio del Rosario, por el cual demostró durante su vida el más hondo reconocimiento y gratitud, lo cuenta entre uno de sus hijos ilustres.

II

RAFAEL POMBO

Rafael Pombo es un representante auténtico del espíritu del Rosario y de la república. Excelso poeta, humanista y digno sucesor de esa multitud de sabios, mártires, legisladores y estadistas, con que el Colegio del Rosario ha contribuido a formar la unidad y el ser de nuestra nacionalidad, dejó para su patria una obra que actualmente honraría a cualquier país del mundo. Formado su espíritu en las aulas del Claustro de Fray Cristóbal, donde penetró en los secretos de las Humanidades, aquellas enseñanzas de su juventud orientaron no sólo los menores actos de su existencia, sino los diversos aspectos de su obra múltiple de escritor y de poeta. En esta forma, como un inapre-

ciable mensaje, lleno de equilibrio, de emoción y de armonía, su poesía parece llegar ahora hasta nosotros con la misma actualidad que tiene siempre el verdadero arte. Porque en esta obra maravillosa de Pombo no existe nada inútil, ni nada que no esté en todo instante humanizado y atemperado por los más nobles sentimientos, por la más pura inspiración. Cantor de todas las cosas de la patria, de las emociones indefinibles del amor y de los encantos de la Naturaleza, sus ojos se asomaron también hasta los más hondos abismos del ser, para revelarnos después, en poemas de tanta belleza como la "Hora de las Tinieblas", el trágico cuadro de la existencia de cada uno de los hombres.

Pero todos estos aspectos variadísimos que presenta la obra literaria de Rafael Pombo están como animados por un impulso unánime y poderoso, por una aspiración fundamental de encontrar, en medio de esta fugacidad de la vida y de estos cambios continuos de las cosas, las verdaderas esencias, los auténticos valores que perduran para todas las épocas y que no dejarán nunca de conmover el corazón. Tales propósitos se adivinan fácilmente, aun en sus poesías que se consideran de menor significación, como aquellas en que nos relata esas zonas olvidadas de la infancia, esos serenos paisajes colmados de amorosos recuerdos, que dejan el alma en suspenso y la trasladan a otros años lejanos. Igualmente, esta preocupación por buscar temas de siempre, palpita con mayor intensidad en sus poemas de amor, en donde todos los sentimientos parecen estar ordenados y dirigidos hacia Dios, en donde el ardor de la pasión y las tristezas de la existencia se confunden en un solo himno de religiosa adoración por la Divinidad.

Con ser mucha la extensión de la obra poética de Pombo, conforme a la última edición que de ella se hizo después de su muerte (1912), puede dividirse en cuatro partes, dos de las cuales recogen poesías de carácter general, una tercera dedicada a los niños con el nombre de "Fábulas y Verdades" y finalmente una cuarta parte en donde se encuentran sus traducciones poéticas y sus artículos críticos en prosa. En sus poesías de carácter general, es fácil advertir la influencia de los grandes poetas románticos, entre los cuales se distinguen Byron, Longfellow, Bryant y Lamartine, por quienes Pombo sintió durante su vida una especial predilección, manifestada en continuas lecturas, comentarios en prosa y traducciones de sus principales poemas. No obstante esta marcada influencia romántica, Pombo

supo conservar siempre aquella mesura y severidad que tanto había admirado en escritores latinos de la magnitud de Horacio y de Virgilio, en cuyo idioma sereno y transparente están inspiradas algunas de sus poesías.

III

MANUEL URIBE ANGEL

Manuel Uribe Angel es otro alumno eximio del Colegio del Rosario, en donde estudió humanidades y filosofía por los años de 1835 a 1840. Después de recibir el título de doctor en letras y filosofía, su natural inclinación por las ciencias médicas lo llevó a culminar esta carrera en la Universidad Central, perfeccionando aquellos estudios iniciales en diversas Universidades del Extranjero. De regreso a Colombia se dedicó durante algún tiempo a recorrer los distintos territorios del país, investigando cada una de sus enfermedades peculiares y prestando por todas partes sus valiosos servicios médicos, por el solo interés noble de la ciencia y con un desprendimiento y generosidad ejemplares. Con aquellas primeras experiencias, que le suministraron un amplio conocimiento de la patria y acentuaron cada vez más su extraordinaria devoción por la medicina, Uribe Angel resolvió radicarse definitivamente en Antioquia. Su incomparable benevolencia, su sabiduría, la profunda rectitud de su carácter, y el verdadero desinterés que sabía poner en cada uno de sus actos, se hicieron muy pronto proverbiales y se convirtieron en ejemplo para todas las gentes, conquistando para él un aprecio y una admiración tan singulares, que todavía hoy, cuando han transcurrido ya muchos años después de su muerte, su nombre es recordado siempre con amor y devoción.

El doctor Uribe Angel había nacido en Envigado hacia el año de 1822 y murió en Medellín en 1904. Durante su larga existencia, con sus actos, con sus escritos, con la pulcritud de su conducta y con el inmenso amor por todas las cosas de la patria, demostró en cada instante su rosarismo integral. Sus amigos de aquel tiempo recuerdan cómo la única debilidad de su gran carácter, este deseo de ostentar siempre su auténtico espíritu rosarista, el cual había sido según una frase suya, "su gran amor y la única estrella de su vida". En sus célebres cartas a Isidoro Laverde Amaya, en las cuales ha

dejado un testimonio cierto de la agudeza y penetración de su inteligencia y de su excepcional versación en toda clase de ciencias, hace frecuentes alusiones a los breves años de su estadía en el Rosario, con un sentimiento de nostalgia y de gratitud, que revela claramente cuánto echaba de menos aquella época y cuán profunda influencia había ejercido en él.

No obstante su dedicación y absoluto apostolado por el ejercicio de la profesión médica, que le hicieron acreedor al título de Fundador de la Medicina en Antioquia, Manuel Uribe Angel cultivó las letras durante muchos años y se distinguió como uno de los escritores más vigorosos y cultos de su generación. Lector infatigable, conocedor de varios idiomas antiguos y modernos, y poseedor de un estilo sobrio y elegante, en numerosos relatos de exquisito humorismo y amenidad, hizo la historia de la Medicina en Antioquia y reseñó la propia historia de su vida. Con Emiro Kastos (Juan de Dios Restrepo) y con Camilo Antonio Echeverri, el doctor Uribe Angel fue el iniciador de un movimiento intelectual, que había de tener hondas y fecundas repercusiones en el desarrollo ulterior de las letras antioqueñas. De este movimiento participaron después en mayor o menor escala, escritores de la magnitud de Tomás Carrasquilla, Epifanio Mejía, Gregorio Gutiérrez González, Marco Fidel Suárez, Efe Gómez, etc., cuyas obras constituyen hoy un verdadero motivo de gloria nacional. En esta forma, discípulo fiel de Fray Cristóbal de Torres, fundador del Colegio del Rosario, Manuel Uribe Angel cumplió estrictamente aquel precepto inmortal de ilustrar y engrandecer la república con su vida, con sus obras y con su ejemplo.

Samuel Syro